

VÁLOR es uno de los pueblos de más belleza de las Alpujarras granadinas. Cuando los árabes fueron expulsados

por los cristianos, muchos de ellos se quedaron refugiados en las Alpujarras. Más tarde fueron capitaneados por Aben Humeya. Los moriscos soñaron quedarse para siempre allí y Aben Humeya cambió su nombre y apellidos, temiendo, tal vez, las continuas persecuciones. Se llamó entonces Fernando de Válor.

Lo cierto es que han pasado siglos y hace unos días estuve en Válor, donde la Escuela de Adultos, dirigida por el maestro Antonio Gervilla, había trabajado casi un año para montar una obra de teatro mía, titulada «El Cristo», que escribí en el año 1964 y aún no se ha estrenado en España, pero sí traducido al italiano y al inglés, estrenándose en Roma y ganando el premio de la Catedral de Coventry de Inglaterra.

El caso de «El Cristo» en Válor ha sido para mí, y para cerca de mil personas del pueblo, un verdadero asombro. Los clamores y aplausos eran constantes. Creo que en el fondo se veía uno de los más poderosos problemas humanos: el poder dominando y corrompiendo a todos los que están dentro de su órbita. Cómo comprendía el pueblo de Válor todo lo que en la obra se dice referente al poder, de antes y de ahora. Pero lo más impresionante eran las casi cuarenta personas del pueblo, alguna con más de setenta años, que trabajaban tan extraordinariamente bien y, con tanta realidad, que le daban una alta calidad a la interpretación de los personajes. Si esta representación entrañable la hubieran visto muchos de los directores considerados, hoy día, importantes habrían comprendido mejor cómo el teatro va muy dentro de los seres humanos, cosa que, con demasiada frecuencia, parecen ignorar o querer ignorar.

El estreno de «El Cristo» fue programado en el año 1964 por el entonces director del Teatro Nacional María Guerrero, José Luis Alonso, pero como la obra era peligrosa para

HAY hechos que se califican de milagrosos.

Personalmente creo que detrás de cada milagro, que como tal se

juzga inexplicable por la inmensa mayoría de los mortales, existe algún germen que esa inmensa mayoría no se preocupa de investigar y que esconde la razón primera que permitió el enigma. En «Permiso para vivir», título que Alfredo Bryce Echenique ha dado a su autobiografía, el escritor cuenta que en cierta ocasión sufrió un insomnio tan pertinaz que lo condujo a una clínica en la que permaneció siete meses a la búsqueda de la capacidad del sueño, privilegio —en eso se había convertido poder dormir— que no logró. El médico le entregó un certificado tajante: «Insomnio rebelde a toda terapia».

Imagino que aquel doctor había recurrido, como es lógico en el ejercicio de su profesión, a medicinas que naufragaban ante la permanente vigilia del paciente. En vista del curso de los acontecimientos, el autor de «Un mundo para Julius» confiesa que viajó a Barcelona y que el insomnio se le curó con sólo instalarse en esa ciudad. Los remedios que le proporcionaron sus amigos a través del afecto consiguieron que durmiese las ocho horas reglamentarias. El cariño provocó lo

«EL CRISTO» EN VÁLOR

Por José MARTÍN RECUERDA

aquellos tiempos, con toda su mejor voluntad, Ramón Tamayo, hermano del gran director José Tamayo, me la pidió para estrenarla en el teatro Bellas Artes. Escribí una carta en el despacho de José Tamayo —quien estaba entonces enfermo en Suiza— al entonces director general de Teatro, García Escudero. Ramón Tamayo me dijo con enorme alegría: «Figúrate lo que hubiese sido estrenar esta obra en el Teatro Nacional María Guerrero: ver a un sacerdote joven y anarquista, quien por hambre había entrado al seminario y se había salido varias veces, sacar un navaja y apuñalar al "Cristo", para que el pueblo que entrara a la iglesia lo viera destrozado e impedir que saliera en procesión, ya que con este motivo venía mucha gente de todas partes de España por la fama milagrosa de "El Cristo", y esto conducía al robo, a la degeneración y todo tipo de vicios en la juventud del pueblo. Todo

lo que digo sería muy grave para un Teatro Nacional. Por eso te pido que esta obra se estrene en el teatro Bellas Artes.» Después de tanto, tampoco se estrenó en el teatro Bellas Artes.

Mi admiración, como he dicho, es grande por las personas de Válor que han interpretado la obra y que, algunos de ellos, habían aprendido a leer hacía uno o dos años. Por esta razón y otras muchas, la verdad interpretativa era auténtica en aquellos seres que daban vida, tan de verdad, a los personajes de la obra. Qué distinto todo esto a ese «teatro español de hoy» que dicen tantos que ha muerto y, sobre todo, para la gente joven que empieza a educarse en el teatro, y que está cada vez más lejano no sólo de la escena, sino de la actualidad de España. En España,

dirige Adolfo Marsillach—, las técnicas extranjeras que ya pasaron, sin pensar en la realidad que nos rodea, ya sea en Europa, América o en nuestro propio país; sin pensar tampoco nadie en esa juventud española que estoy seguro no sabe a dónde camina, entre robos, corrupción, drogadicción y marginación galopantes en un país, como el nuestro, sin investigación, sin profesionalidad (aquí se llama «profesional» a quien vive de algo, sin tener en cuenta su capacidad y rigor profesional), con una Universidad degradada —en la que ni siquiera se llega a una eficiente capacitación técnica—, y, en cambio, lo que nace de verdad, como hemos dicho, en ese pueblo alpujarreño de Válor y en otros pueblos españoles, se intenta destruir con indiferencia y hasta con crueldad. Qué pena que se gasten tantos millones del erario público en un teatro, tanto público como privado, que

parece estar «pensado» para acabar de desanimar a los espectadores —cada vez menos— que van quedando. Qué pena que no se vean obras de autores vivos que nos hablen de la auténtica realidad, no sólo ya de España, sino de otras naciones, tan en crisis hoy día. Qué pena que se tenga que recurrir a un teatro apergaminado y decadente americano o inglés y, en contadas excepciones, español. Qué ironía de construcción cultural en tiempos de poderes socialistas, a los cuales se apegan, sin el menor hábito artístico, personas aprovechadas y sacadineros que hacen bandera de la mediocridad, ramplonería y cursilería a título de «cultura popular». Pero confiemos en que todo irá pasando. La verdad del teatro auténtico quedará por encima de todo. La verdad siempre fue eterna.



J. Martín Recuerda
Escritor

AFECTOS

Por Trinidad de LEÓN-SOTELO

que algunos pueden denominar milagro. «Lo que es el cerebro humano», me ha comentado alguien. «Yo diría más bien lo que es el corazón», he respondido.

Y es que aunque constituya un tópico es mucho lo que el afecto puede hacer cuando en forma de amistad acoge al ser humano. El insomnio podrá regresar, pero uno sabe que un círculo de amor espera para acordonar la angustia y cercar la desolación. A veces basta un minuto de silencio para que toda la vida se derrumbe sobre unos hombros incapaces de soportar ese peso, mientras que para la rehabilitación del alma también pueden ser suficientes un minuto y... una palabra oportuna.

La insolidaridad, tan en boga, suele acha-

carse a las costumbres actuales, las prisas, el agobio y un etcétera de molestias más o menos similares. Más aún, existe

una tendencia —terrible por injusta— a creer que los adultos por el mero hecho de serlo y a causa de los inevitables infortunios que han debido conocer deben tener más conchas que un galápagos y ser capaces de superar los momentos más duros. «¡Ya se le pasará!» o «a fin de cuentas a su edad ningún dolor es el primero» son frases con las que se intenta justificar la escapada ante la amargura ajena.

Se prefiere ignorar a quien necesita ayuda. La incomunicación no es sino el producto de la cobardía y el egoísmo bien mezclados y aderezados con el autoengaño exculpatorio de que quien grita socorro pasa por una experiencia que incluso le resultará enriquecedora si aprende a ayudarse a sí mismo, a salvarse como si el mundo estuviera deshabitado.

Muy de agradecer, pero hasta para echar un pulso contra uno mismo resulta gratificante y necesaria la mirada y la palabra de alguien que infunda ánimo. Es el mejor método para profundizar un vocablo mágico: «¡Milagro!».

SE VENDE NEGOCIO

Sector Automovil.

Rentable y con nave propia.

TELEFONOS: 91-3.14.19.46, 91-3.15.90.45